



HENRY DAVID THOREAU

**DESOBEDIENCIA
CIVIL**

DESOBEDIENCIA CIVIL

Título original: *Civil Disobedience*

D.R. © Tumbona Ediciones S.C. de R.L. de C.V., 2012
Progreso 207-201, Col. Escandón
México D.F., 11800
<http://www.tumbonaediciones.com>
Twitter: @tumbonalibros

Hostería La Bota
San Jerónimo 40, Centro Histórico, ciudad de México

ISBN: 978-607-7534-37-2

Impreso en México.
Printed in Mexico.

D.R. © Traducción e introducción de Sebastián Pilovsky, 2012
D.R. © Diseño de colección y portada: Éramos Tantos

Impreso por Grafic Gold, S.A. de C.V.

Este libro *sí* puede ser reproducido total o parcialmente, por cualquier medio o método, siempre y cuando sea con fines no comerciales, se reconozca la autoría del traductor y se respeten sus derechos morales.



HENRY DAVID THOREAU

DESOBEDIENCIA

CIVIL

Traducción de SEBASTIÁN PILOVSKY



COLECCIÓN
DINAMITA

PRESENTACIÓN
UN ENSAYO PARA LA RESISTENCIA

El texto que el lector tiene en sus manos trata, en términos generales, sobre la relación del individuo con el Estado, y su objetivo principal es plantear una pregunta espinosa que cae en el terreno donde la ética y la política se tocan directamente: ¿hasta qué punto estamos obligados a obedecer al gobierno cuando sus leyes o medidas nos parecen injustas? Enunciada de modo más directo, esta pregunta podría reducirse a la siguiente: ¿cuándo se justifica la resistencia? Su autor, Henry David Thoreau (Concord, Massachusetts, 1817-1862), naturalista y escritor polifacético que vivió un par de años al margen de la civilización en una cabaña construida por él mismo en los bosques de Walden, la respondió de un modo novedoso y provocador, afirmando que cuando las obligaciones de un individuo se apartan de su idea del deber, ha llegado la hora de la desobediencia.

El texto fue dictado primero como conferencia, en enero de 1848, bajo el título “Los derechos y obligaciones del individuo en relación con el gobierno” y después se publicó en mayo de 1849 como “Resistencia al gobierno civil”. Sin embargo, hasta la fecha se conoce comúnmente por el título, quizá excesivo, de “Sobre el deber de la desobediencia civil”,

un título que puede inducir a confusión y que hemos evitado aquí, puesto que no está claro que Thoreau considerara la protesta o la resistencia propiamente como un “deber”. Si acaso, los deberes políticos que defendía son, por un lado, enmendar cualquier injusticia que un hombre haya causado y, por otro, negarse a cooperar en una nueva injusticia.

Poco influyente en su tiempo, el texto tuvo que esperar cerca de cincuenta años para que cobrara una nueva significación como estrategia ética en contra de leyes injustas y terminara por convertirse en lo que es hoy: una sugestiva, polémica y radical fuente de inspiración de campañas pacifistas, acciones colectivas y movimientos de resistencia. Mohandas K. Gandhi, uno de los primeros en advertir su importancia como herramienta política, refiere lo decisiva que fue la lectura de Thoreau en su campaña en Sudáfrica contra el *Black Act*, pues le hizo ver que el concepto indio que enarbolaba: *satyagraha* (que podría traducirse como *resistencia pacífica*), tenía un ilustre antecedente en esas páginas. El *Black Act* era una ley que obligaba a toda persona de origen asiático a ser fichada por el gobierno. Como si de criminales se tratara, los oriundos de Asia debían presentarse, por el simple “delito” de su origen, ante oficinas del gobierno para que les tomaran sus huellas digitales. El fin de esta historia es bien conocido: Gandhi se rehusó a hacerlo y, al igual que Thoreau, acabó en la cárcel, logrando gracias a ello llamar la atención sobre una ley injusta que, a la postre, terminaría por abolirse.

Incitante y adaptable a muchas circunstancias —una suerte de pedernal de bolsillo capaz de encender la chispa allí donde la injusticia se presente—, fue un ensayo también crucial para Tolstói, la anarquista Emma Goldman, el activista y fi-

lósofo Martin Buber, así como para la lucha que emprendió Martin Luther King Jr. en contra de las leyes segregacionistas en Estados Unidos. En la actualidad, cientos de resistentes tributarios de todos los rincones del mundo lo han adoptado como modelo, e incluso su influencia se ha extendido a internet, no únicamente a través de ciertas formas tradicionales de hackeo, sino en ramificaciones activistas que se reconocen abiertamente dentro del legado de Thoreau (como el Critical Art Ensemble, que desde sus comienzos practicó y difundió la desobediencia civil electrónica).

¿En qué consiste la desobediencia civil? ¿Cómo definirla? Aventuro una caracterización de lo más sucinta: se trata de una forma de participación política que, a través de la violación de la ley, denuncia una injusticia con el fin de remediarla por vías pacíficas, siempre en el marco general del respeto al derecho.

Por paradójica que pueda sonar, esta definición recoge tres de los elementos centrales del tipo de resistencia que promueve Thoreau: la acción directa como protesta, la violación de una ley y la confianza en las instituciones a fin de que la protesta surta efecto. Hugo Adam Bedau define la desobediencia civil de esta manera en la *Enciclopedia Oxford de Filosofía*: “Conducta pública ilegal encaminada a despertar el sentido de la justicia de la mayoría con el propósito de cambiar la ley sin rechazar el imperio de la ley.”

Más allá de las definiciones, este tipo de actos se perfila mejor cuando se acude a ejemplos. En Montgomery, Alabama, la población negra organizó un boicot al sistema de transporte en 1955 con el fin de mostrar la iniquidad de cier-

tas leyes, cuya única justificación era el racismo. Entre estas leyes figuraba la de ceder el asiento a las personas de raza blanca en el contexto de una división interna en los autobuses, que establecía que blancos y negros debían mantenerse separados. El acto de desobediencia civil comenzó cuando una mujer negra, Rosa Parks, se negó a hacerlo, sencillamente porque era contrario a su conciencia. Tenemos, así, la infracción de un mandato. El componente civil entra en juego cuando se aceptan las consecuencias del acto (ser apresado, por ejemplo), y lo que se busca es mostrar con ello que la ley es injusta y que se impone, por tanto, una reforma. En este caso, el encarcelamiento de Rosa Parks detonó un boicot que se fue extendiendo a otras ciudades: los conductores de autobuses, en su mayoría negros, efectuaron un paro de labores que se prolongó durante más de un año, hasta que la Suprema Corte emitió un decreto que permitía a los pasajeros negros sentarse donde quisieran. Era el comienzo del movimiento nacional por los derechos civiles en Estados Unidos.

Martin Luther King Jr., reverendo de Montgomery, afirma haberse convencido de que la protesta era una causa justa gracias a la inspiración que encontró en el ensayo de Thoreau; un ensayo que, a su manera, también se oponía a la segregación bajo la forma de la esclavitud y le hizo ver hasta qué punto era posible, asistido por la sola autoridad de su conciencia, “no cooperar con un mal sistema”. Como explicaría en una célebre carta escrita desde la cárcel en 1963 (un año antes de recibir el premio Nobel de la Paz), no hay la menor contradicción entre desobedecer ciertas leyes y al mismo tiempo aceptar otras, desde que, al aceptar voluntariamente el castigo, el propósito es despertar la conciencia colectiva y de ese modo

presionar para que la injusticia deje de cometerse. Precisamente porque se cree y confía en el derecho, un acto ilegal puede convertirse en una vía para el mejoramiento de las leyes.

Hay que subrayar, entonces, que si la infracción funge en este caso como una protesta —como una “cuña ética”, según la expresión de Antonio Casado—, es porque la acción política no se limita a la mera desobediencia, sino que, reconociendo que el peso de la prueba está siempre del lado del desobediente, éste se presta al diálogo y lo propicia. En la misma dirección, si la resistencia no apunta al levantamiento en armas ni al llamado a otra revolución que no sea la pacífica, es porque el infractor exige también el diálogo, pone en marcha el debate, bajo el entendido de que entonces se podrá evaluar la medida en cuestión de forma racional, no violenta y justa. El panfleto de Thoreau ha de leerse, así, como una respuesta argumentada al encarcelamiento que sufrió en 1846 por rehusarse a pagar un impuesto, es decir, como una protesta y al mismo tiempo como una denuncia, inscritas ambas en el marco de la civilidad.

En su alegato, Thoreau lleva a la práctica el trascendentalismo de su amigo y mentor, Ralph Waldo Emerson, que veía en cada individuo la expresión de una humanidad compartida y, en consecuencia, defendía la convicción de que cada quien podía actuar libremente de acuerdo a su conciencia. Aunque el ensayo recurra a la autoridad del Nuevo Testamento y cite en repetidas ocasiones versículos de la Biblia, puede entenderse como una defensa secular de la idea, según la cual, la verdad se encuentra en el interior de cada individuo. Es importante notar, en este sentido, que el texto de Thoreau no es un alegato teórico ni un llamado político a la insurrección,

sino un ensayo personal, la respuesta de un individuo frente a un encarcelamiento que considera desencaminado, pero a su manera justo, consecuencia de una acción de desobediencia minuciosamente sopesada por él. Una acción o protesta local contra determinadas leyes o medidas a las que un ciudadano reflexivo no puede dar su anuencia (y hay que resaltar que fue exactamente así, con ese énfasis local y de conciencia personal, como lo entenderían después Gandhi y Luther King Jr.).

No se trata, desde luego, de la infracción de un forajido, tampoco del desafío de un hombre que aspira a mantenerse fuera de la ley, sino de la acción libre y meditada de un ciudadano que se reconoce y reafirma como tal. Lo que su desobediencia está enunciando no es la separación frente a un Estado al que no reconoce y al que por lo tanto se rehúsa a pagarle más impuestos, sino su pertenencia a un Estado al que, sin embargo, le gustaría mejorar. Para ello dejará de pagar impuestos hasta que éste no revise y rectifique las medidas reputadas como injustas (en el caso particular de Thoreau, la guerra expansionista y la esclavitud). En otras palabras, lo que está en juego es replantear la obediencia y el respeto a las leyes e instituciones, de modo que no se convierta en una obediencia irreflexiva, al pie de la letra y sin importar su contenido, sino que atienda más bien a su espíritu y procure en todo caso que, al hacerlo, ni siquiera el hombre más justo corra el riesgo de convertirse en agente de la injusticia.

Pero así como la desobediencia civil sólo cobra sentido si quienes la llevan a cabo son ciudadanos cabales —y aun, podría añadirse, con cierta estatura moral—, tampoco cobra sentido si el gobierno al cual se enfrentan no está a la altura de esa acción política, es decir, si sus instituciones no son

lo suficientemente democráticas para garantizar los derechos más básicos del infractor, ni suficientemente respetuosas de las libertades individuales como para permitir que su voz se haga escuchar. De hecho se diría que, como táctica de acción política, la desobediencia civil es impensable e inoperante en el contexto de sistemas despóticos, donde el desobediente corre el riesgo de ser atropellado en sus derechos y donde sus reclamos serán acallados de forma que no generen un eco efectivo en la población. La viabilidad de la desobediencia civil se vuelve así una suerte de examen del grado de democratización de un gobierno y sus instituciones, pues sólo en un sistema político cuya legitimidad dependa realmente del consentimiento de los gobernados puede apelarse a que la población cobre conciencia de lo que está ocurriendo, a fin de que condicione o niegue ese consentimiento.

En cuanto defensa de la acción concreta, la desobediencia civil es una alternativa a la apatía pero también a los fundamentalismos políticos. Es una forma desafiante y si se quiere controvertida de hacer notar, entre otras cosas, las limitaciones del voto, que con la coartada de la participación, en muchos casos no pasa de ser un sustituto de la acción genuinamente democrática y suele tardar demasiado en operar los cambios que la sociedad necesita. Pero, por encima de todo, la desobediencia civil es una defensa comprometida de las libertades ciudadanas, de la libertad de conciencia y expresión en particular, pues sólo haciendo un uso pleno de ellas es concebible que, a través de una acción ilegal voluntaria, se pretenda alcanzar mayor justicia para la sociedad.

S. P.

DESOBEDIENCIA CIVIL

Acepto de todo corazón la máxima: “El mejor gobierno es el que menos gobierna”¹ y me gustaría verla aplicada de una manera más rápida y sistemática. Llevada hasta sus últimas consecuencias conduciría a esta otra, en la que también creo: “El mejor gobierno es el que no tiene que gobernar en absoluto.” Cuando los hombres estén preparados para ello, este será el tipo de gobierno que tendrán. Un gobierno no es, en el mejor de los casos, más que un vehículo; pero la mayoría de los gobiernos se convierten con frecuencia en un inconveniente y todos han resultado serlo en algún momento. Las objeciones que se han planteado a la idea de un ejército permanente —que son varias y de peso, y merecen prevalecer— podrían también dirigirse contra la idea de un gobierno establecido. El ejército permanente es tan sólo un brazo de ese gobierno. El propio gobierno —que no es más que el medio que el pueblo ha elegido para ejercer su voluntad— está sujeto igualmente al abuso y a la perversión antes de que el pueblo tenga ocasión de intervenir a través suyo. Basta

¹ Con una ligera variación este era el lema de la revista *United States Magazine and Democratic Review* (1837-1859). La frase también figura en el ensayo de su amigo y mentor, Ralph Waldo Emerson, “*Politics*” (1844). [Todas las notas son del traductor.]

reparar en la actual guerra con México:² es obra de un grupo relativamente pequeño de personas que se valen del gobierno establecido como de una herramienta, a pesar de que el pueblo no habría jamás aprobado la medida.

Este gobierno estadounidense ¿qué es, si no una tradición (es verdad que muy reciente) que lucha por proyectarse intacta hacia la posteridad, a pesar de que a cada instante pierda parte de su integridad? No tiene la vitalidad ni la fuerza de un solo hombre, ya que un solo hombre puede doblegarlo a su antojo. Para el pueblo mismo, es una especie de fusil de madera. Sin embargo, no deja de ser por ello menos necesario; el pueblo requiere de alguna maquinaria complicada —y oír el estruendo que produce— para satisfacer así la idea que tienen del gobierno. De esta forma, los gobiernos demuestran la facilidad con que puede engañarse a los hombres —o incluso con que los hombres pueden engañarse a sí mismos— en su propio beneficio. Esto es excelente, hay que reconocerlo. Tan es así que este gobierno jamás ha promovido por sí mismo ninguna empresa, a no ser por cierta urgencia con la que se aparta de su misión. No es *él* quien hace que este país sea libre. No es *él* quien coloniza el Oeste. No es *él* quien educa. Hasta ahora, es el carácter del propio pueblo estadounidense el que ha conquistado todos sus logros, y hubiera conseguido muchos más, de no ser porque el gobierno se ha interpuesto varias veces en su camino. Y es que el gobierno es un mero vehículo que los hombres se alegrarían de poder utilizar para

² La guerra entre Estados Unidos y México (1846-1848) tenía motivaciones básicamente económicas y expansionistas, basadas en la doctrina del Destino Manifiesto. Entendida como una invasión, apuntaba entre otras cosas a extender los territorios en que la esclavitud podía ser legal.

vivir en paz y, como ya hemos dicho, mientras más útil sea ese vehículo, menos interfiere en la vida de los gobernados. Si no fuera porque el comercio y los negocios parecen estar hechos de goma, nunca conseguirían saltar los obstáculos que los legisladores les imponen sin cesar; y si tuviéramos que juzgar a estos hombres únicamente por las consecuencias de sus actos, y no en parte por sus intenciones, esos legisladores merecerían un castigo y un trato análogo al que reciben esos delincuentes que obstruyen las vías del ferrocarril.

Pero, para hablar con sentido práctico y como ciudadano, a diferencia de aquellos que se autodenominan “hombres sin gobierno”,³ lo que propongo no es que desaparezca el gobierno inmediatamente, sino que se establezca un mejor gobierno de inmediato. Dejemos que cada hombre declare qué tipo de gobierno sería merecedor de su respeto, y así se daría un primer paso en su consecución.

Después de todo, la verdadera razón de que, cuando el poder está en manos del pueblo, se permita a la mayoría gobernar y seguir en el poder durante un largo período de tiempo, no es porque sea más probable que ella posea la verdad ni porque la minoría lo considere un sistema más justo, sino porque la mayoría es físicamente más fuerte. Pero un gobierno en el que la mayoría decide sobre todas las cuestiones no puede estar basado en la justicia, al menos no como la entienden los hombres. ¿No podría haber un gobierno en el que no

³ Se refiere seguramente al grupo de pacifistas radicales inspirados en la Sociedad de No-Resistencia de Nueva Inglaterra, fundada por William Lloyd Garrison en 1838, muchos de los cuales eran oriundos de Massachusetts. Los no-resistentes abrazaban posturas anarquistas como la abolición del ejército, la policía y el sistema penitenciario.

fuese la mayoría la que decidiera lo que está bien o mal, sino la conciencia? ¿Un gobierno en que la mayoría sólo decidiera en aquellas cuestiones en que sea aplicable la norma de conveniencia? ¿Debe el ciudadano someter su conciencia, aunque sea por un solo instante y en mínima medida, al legislador? ¿Por qué, entonces, todos los hombres tienen conciencia? Creo que deberíamos ser hombres primero y después súbditos. Lo deseable no es que se cultive el respeto a la ley, sino a la justicia. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que crea justo. Se ha dicho, y con mucha razón, que una corporación no tiene conciencia; pero una corporación formada por hombres que sí la tienen es una corporación con conciencia. La ley no ha hecho nunca a los hombres ni una pizca más justos, y a causa del respeto que les infunde, aun los hombres mejor dispuestos se convierten a diario en agentes de la injusticia. Una consecuencia natural y muy común del respeto excesivo a la ley es que podamos ver una fila de soldados —coronel, capitán, cabo, soldados rasos, artilleros, etc.—, todos marchando en un orden admirable por colinas y valles hacia la guerra en contra de su voluntad. ¡Si!, en contra de su conciencia y su sentido común, lo que hace que cada paso de la marcha sea más arduo y se les sobrecoja el corazón. No dudan de que están metidos en una empresa condenable; todos ellos son partidarios de la paz. Pero entonces, ¿qué son?, ¿realmente hombres? ¿O son polvorines móviles y fuertes en miniatura al servicio de algún mando militar sin escrúpulos? Visiten un arsenal y contemplen a un infante de marina; eso es lo que puede hacer de un hombre el gobierno estadounidense, en eso consiguió transformarlo con sus negras artes: en una mera sombra y remedo de humani-

dad, en un hombre en apariencia vivo y en posición de firmes, pero, se diría, ya enterrado bajo las armas, con todo y cortejo fúnebre... O quizá:

No se oía ni un tambor, ni una nota fúnebre,
cuando a toda prisa llevamos su cadáver hacia la muralla.
Ni un soldado disparó una salva de adiós
sobre la tumba en que enterramos a nuestro héroe.⁴

La mayoría de los hombres sirven así al Estado no como hombres, sino como máquinas, con sus cuerpos. Conforman el ejército constituido y la milicia, son los carceleros, la policía, los ayudantes del sheriff, etc. En gran parte de los casos, no ejercen con libertad ni su capacidad de juicio ni su sentido moral, sino que se rebajan a la condición de la madera, la tierra, las piedras; de hecho, no sería descabellado que se fabricaran hombres de madera que pudieran servir perfectamente al mismo propósito. Dichos individuos no infunden mayor respeto que los hombres de paja o los bultos de arcilla. Valen lo que los caballos o los perros. Y sin embargo, se les considera normalmente buenos ciudadanos. Otros —como muchos legisladores, políticos, abogados, ministros y funcionarios—, sirven al Estado fundamentalmente con sus cabezas, y como rara vez hacen distinciones morales, son capaces de servir igual al diablo, sin tener intención de hacerlo, que a Dios. Unos pocos —como los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores en el verdadero sentido y los hombres— sirven al Estado además con sus conciencias, y por ello le oponen

⁴ Versos iniciales de *The Burial of Sir John Morre at Corunna*, de Charles Wolfe (1791-1823).

resistencia las más de las veces, por lo cual se les suele dar un trato de enemigos. Un hombre cabal sólo será útil como hombre y no se resignará a ser “arcilla” ni a “tapar un agujero para detener el viento”,⁵ sino que, cuando mucho, dejará esa tarea a sus cenizas:

Soy de muy alta estirpe para ser dominado,
para ser en el mando un subalterno,
un útil servidor o un instrumento
de ningún Estado soberano del mundo.⁶

Al que se entrega por entero a su prójimo se le toma por un inútil y un egoísta; pero al que se entrega sólo parcialmente se le considera un benefactor y un filántropo.

¿Cómo conviene que se comporte hoy un hombre respecto de este gobierno estadounidense? Yo respondo que no puede asociarse a él sin perder su dignidad. No puedo reconocer ni por un instante como mi gobierno a esa organización política que es al mismo tiempo el gobierno de los esclavos.

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución,⁷ es decir, el derecho a resistirse al gobierno y negarle lealtad cuando su tiranía o su ineficacia sean desmesurados e insostenibles. Pero casi todos consideran que la situación actual no es de ese tipo. En cambio sí fue el caso —aseguran— en la época de la revolución de 1775. Si alguien me dijera que aquél fue un mal gobierno porque gravó ciertos artículos importados que llegaban a sus puertos, lo más probable es que

⁵ Shakespeare, *Hamlet*, acto V, escena I, versos 236-237.

⁶ Shakespeare, *El rey Juan*, acto V, escena II, versos 79-82.

⁷ Uno de los principios fundamentales enunciados por Thomas Paine.

no me lo tomara muy a pecho, puesto que puedo vivir muy bien sin ellos. Toda máquina genera sus fricciones, pero lo más seguro es que el bien que produce contrarreste sus posibles males. En todo caso, sería un gran error armar un gran revuelo para evitarlo. Pero cuando resulta que las fricciones se apoderan de la máquina, y la opresión y el robo están organizados, yo digo: “Deshagámonos de esa máquina.” En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de un país que se ha comprometido a ser refugio de la libertad está bajo el yugo de la esclavitud, y cuando toda una nación es agredida y conquistada injustamente por un ejército extranjero y sometida a la ley marcial, ha llegado el momento de que los hombres honrados se rebelen y se subleven. Lo que hace más urgente este deber es que el país así ultrajado no es el nuestro, sino que es nuestro propio ejército el invasor.

Paley, autoridad reconocida en temas morales, en un capítulo sobre el “Deber de sumisión al gobierno civil”,⁸ reduce todas las obligaciones civiles a la conveniencia, y prosigue diciendo que: “Mientras lo exija el interés de la sociedad entera, es decir, mientras la institución del gobierno no pueda rechazarse o sustituirse sin perjuicio público, es voluntad de Dios que se obedezca a ese gobierno, pero no más allá... Si se acepta este principio, la justicia de cada caso particular de resistencia dependerá de valorar, por un lado, la proporción del peligro y el daño y, por el otro, la posibilidad y coste de repararlo.” A continuación nos dice que cada hombre debe juzgar esto por sí mismo. Pero parece que Paley no ha con-

⁸ William Paley (1743-1805), filósofo y teólogo inglés. La obra referida es *Principios de moral y filosofía política*.

templado aquellos casos en que la regla de la conveniencia no se aplica, por ejemplo cuando un pueblo —o un solo individuo— deben obrar con justicia a cualquier precio. Si le he arrebatado injustamente la tabla a un hombre que se ahoga, debo devolvérsela aunque me ahogue yo. Esta conducta, según Paley, no sería conveniente. Pero aquel que salve así su vida, la perderá.⁹ Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de luchar contra México aunque esa decisión le cueste su existencia como pueblo.

En la práctica, muchas naciones siguen las máximas de Paley; pero ¿hay acaso alguien que crea que Massachusetts está haciendo lo correcto en la crisis actual?

Una mujercuela, una cerda vestida de plateado
que hace que le carguen la cola mientras su alma se
[arrastra por el polvo].¹⁰

En concreto, los que se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del Sur, sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, que sienten mayor interés por el comercio o la agricultura que por el género humano, y que no están dispuestos a hacer justicia ni a los esclavos ni a México a ningún precio. Mi querella no es contra enemigos lejanos, sino contra los que, cerca de casa, cooperan con los que están lejos y obedecen sus órdenes, y sin los cuales aquéllos serían inofensivos.¹¹ Solemos decir que las masas no están prepara-

⁹ Evangelio según san Mateo, 10:39.

¹⁰ Cyril Tourneur, *The Revenger's Tragedy* (1607).

¹¹ Sin embargo, si atendemos a la cronología, la acción de desobediencia de Thoreau precedió en varios años a la guerra con México: a partir de 1842

das; pero el progreso es lento porque la minoría no es realmente mejor o más sabia que la mayoría. Que la mayoría sea tan buena como tú no es tan importante como que exista una bondad absoluta en algún sitio, para que de ese modo fermente a toda la masa.¹² Hay miles de personas cuyas opiniones están en contra de la esclavitud y de la guerra, y que sin embargo, en la práctica, no hacen nada por acabar con ellas; miles que se consideran hijas de Washington y Franklin, y se sientan con las manos en los bolsillos y dicen que no saben qué hacer, y no hacen nada; miles que anteponen la cuestión del libre mercado a la de la libertad, y que después de la cena se sientan a leer tranquilamente las listas de cotizaciones y las últimas noticias provenientes de México, e incluso se quedan dormidos sobre ellas. ¿A cuánto se cotiza hoy en día un hombre honrado y un patriota? Vacilan y se lamentan y a veces dirigen peticiones al gobierno; pero no hacen nada serio y que arroje consecuencias. Esperarán, con la mejor disposición, a que otros remedien el mal para entonces dejar de lamentarse. Cuando mucho, darán su voto fácil y sus buenos deseos a la justicia mientras pasa a su lado. Por cada hombre virtuoso hay novecientos noventa y nueve que alardean de proteger la virtud; pero es más fácil tratar con el auténtico propietario de una cosa que con sus guardianes temporales.

Toda votación es una especie de juego, como las damas o el backgammon, con un suave tinte moral; un juego con lo

hay constancia de que había dejado de pagar impuestos, y la guerra no comenzó sino hasta 1846. Es evidente que los tiempos habían cambiado y que, por motivos pragmáticos y más que nada justificatorios, era conveniente relacionar su resistencia con dicha guerra.

¹² Primera carta a los corintios, 5: 6.

justo y lo injusto, con las cuestiones morales, y naturalmente se acompaña de apuestas. El carácter de los votantes no se pone en juego. Quizá otorgue mi voto en función de lo que considere más justo, pero no estoy implicado vitalmente en que lo justo deba prevalecer. Estoy dispuesto a dejarlo en manos de la mayoría. La obligación, por tanto, nunca supera a la conveniencia. Incluso votar por lo justo no es hacer nada por que se imponga. Es tan sólo expresar débilmente el deseo de que la justicia debería prevalecer. Un hombre sabio no dejará lo justo a merced del azar, ni deseará que triunfe gracias al poder de la mayoría. Hay muy poca virtud en los actos de las masas. Cuando la mayoría vote al fin por la abolición de la esclavitud, será porque ésta le es indiferente o porque queda muy poca por abolir a través de su voto. Ellos serán entonces los únicos esclavos. Sólo el voto de aquel que, al votar, afirma su libertad, puede acelerar la abolición de la esclavitud.

He oído decir que va a celebrarse una convención en Baltimore o en algún otro sitio para la elección del candidato a la presidencia, a la que acudirán principalmente directores de periódicos y políticos profesionales. Pero yo me pregunto: ¿qué le puede importar al hombre independiente, inteligente y respetable la decisión que tomen? ¿Nos impedirá disfrutar de la ventaja de su prudencia y honradez? ¿No podremos contar con algunos votos independientes? ¿Acaso en este país no son numerosos los hombres que no asisten a convenciones? Pero no: descubro que el hombre supuestamente respetable ya se ha apartado de su posición y desespera del país, cuando es en realidad su país el que tiene más razones para desesperar de él. Acepta inmediatamente a uno de los candidatos así elegidos como el único disponible, demostrando que él mismo es

quien está disponible para cualquier propósito del demagogo. Su voto no tiene más valor que el de cualquier extranjero sin principios o el de cualquier nativo mercenario que pudo prestarse a ser comprado. ¡Dónde encontraremos a un hombre que sea un auténtico hombre y, como dice mi vecino, tenga un hueso en la espalda que no le permita doblegarse! Nuestras estadísticas están erradas, arrojan una población demasiado grande. ¿Cuántos hombres hay en este país por cada mil kilómetros cuadrados? Apenas uno. ¿No ofrece Estados Unidos ningún atractivo para que los hombres se asienten aquí? El estadounidense ha degenerado en un extraño ejemplar, un *Odd Fellow*¹³ que puede ser identificado por el desarrollo de su sentido gregario, por la ausencia manifiesta de inteligencia y por una confianza jovial en sí mismo, y cuya preocupación primera y básica, al venir a este mundo, se limita a que los asilos se conserven en buen estado; un ejemplar que, antes que fajarse los pantalones para mantener a las viudas y los huérfanos, se ha vestido para ir a recabar fondos; en fin, alguien que sólo se arriesga a vivir amparado por la póliza de la compañía de seguros que le ha prometido un entierro decente.

Por supuesto, un hombre no tiene el deber de dedicarse a la erradicación de las injusticias, por monstruosas que éstas sean. Puede traer entre manos, como es natural, otros asuntos. Pero sí es su deber, al menos, lavarse las manos; y si no se va a preocupar por las injusticias, tampoco ha de concederles su apoyo en los hechos. Si he de entregarme a otros fines y

¹³ Thoreau juega con el nombre de la Orden Independiente de los *Odd Fellows*, una fraternidad filantrópica que surgió en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII, y que podría entenderse como la Orden de los Tipos Raros.

proyectos, primero debo, como mínimo, asegurarme de que no me estoy montando sobre los hombros de otros hombres. Ante todo, debo dejar el camino libre para que también los demás puedan realizar sus propósitos. ¡Adviertan qué gran incoherencia se tolera! He oído decir a mis conciudadanos: “Me gustaría estar en la situación de que me ordenaran que reprima una insurrección de esclavos o que vaya a luchar a México. ¡Ya veríamos si iría!” Y, sin embargo, esos mismos hombres, ya sea directamente con su lealtad, ya sea indirectamente, a través de su dinero, han mandado de todas formas a un sustituto. Al soldado que se rehúsa a luchar en una guerra injusta le aplauden los mismos que aceptan mantener el gobierno injusto que la libra; le aplauden precisamente aquellos cuyos actos y autoridad él desprecia y desdeña; como si el Estado hiciera penitencia contratando a alguien que le dé azotes a causa de sus pecados, pero que no es capaz de plantearse, ni por un momento, la posibilidad de dejar de pecar. Así, en nombre del Orden y del Gobierno civil, se nos hace rendir homenaje y alabar nuestra propia vileza. Tras el bochorno inicial por haber pecado, se impone la indiferencia; de modo que, para todos los efectos, lo inmoral se convierte en amoral, algo casi totalmente prescindible para el tipo de vida que llevamos.

El error más craso y extendido requiere de la virtud más desinteresada para sostenerse. Los hombres nobles son los que están más expuestos a ese ligero reproche que se deriva de la virtud del patriota. Aquellos que, a pesar de desaprobador la naturaleza y las medidas de un gobierno, le son fieles y le entregan su apoyo, sin duda constituyen su más firme y consistente sostén y, por tanto, suelen ser el mayor obstáculo para

su reforma. Hay personas que están presionando al Estado de Massachusetts para que disuelva la Unión y no admita los requerimientos del presidente.¹⁴ ¿Por qué no disuelven ellos mismos su unión con el Estado y se niegan a pagar impuestos al Tesoro? ¿No están en una situación semejante con respecto al Estado que el Estado con respecto a la Unión? ¿Acaso las razones que han impedido que el Estado se enfrente a la Unión no son las mismas que les han impedido a ellos enfrentarse al Estado?

¿Cómo puede un hombre sentirse satisfecho sólo por formarse una opinión y regocijarse tranquilamente porque la tiene? ¿Hay placer en ello si lo que opina es que tiene motivos de sobra para la queja? Si tu vecino te llegara a estafar un solo dólar, no te contentarías con saber que te ha estafado o con decir que lo ha hecho, y ni siquiera con exigirle que te pague lo que te corresponde. Adoptarías en el acto medidas eficaces para que te pague hasta el último centavo y para cerciorarte de que no volverá a hacerlo. La acción que surge de los principios, de la percepción y ejecución de lo justo, transforma las cosas y las relaciones. Es esencialmente revolucionaria y no siempre resulta compatible con lo establecido. No sólo divide a los Estados y a las Iglesias, sino que divide también a las familias e incluso al individuo, separando su parte diabólica de la divina.

Hay leyes injustas; ¿nos resignaremos a obedecerlas o intentaremos enmendarlas y no las obedeceremos sino hasta

¹⁴ Por entonces, el lema abolicionista —“Nunca una Unión con esclavistas”— era más bien la expresión de un dilema: o la Unión sin la injusticia de la esclavitud, o la esclavitud pero sin la posibilidad de la Unión.

que lo hayamos conseguido?, ¿o más bien las incumpliremos de una vez? Bajo un gobierno como el actual, las personas generalmente creen que deben esperar hasta haber convencido a la mayoría para cambiarlas. Creen que, si oponen resistencia, el remedio será peor que la enfermedad. Pero es culpa del propio gobierno si el remedio es peor que la enfermedad. Es él quien lo hace peor. ¿Por qué no está más dispuesto a anticipar la reforma? ¿Por qué no tiene en consideración a su minoría sabia? ¿Por qué grita y se resiste antes de ser herido? ¿Por qué no alienta a sus ciudadanos a que analicen sus faltas, a hacer las cosas mejor de lo que él podría hacerlo? ¿Por qué siempre crucifica a Cristo, excomulga a Copérnico y a Lutero y declara rebeldes a Washington y a Franklin?

Podría pensarse que el único delito que jamás ha contemplado el gobierno es el desconocimiento práctico y deliberado de su autoridad; si esto no fuera el caso, ¿por qué no ha previsto un castigo concreto, proporcionado y adecuado para ello? Si un hombre sin propiedades se niega sólo una vez a desembolsar nueve chelines para el Estado, irá a la cárcel por un periodo que ninguna ley que yo conozca estipula, permaneciendo a la discreción de los que mandan en ese recinto; pero si le roba noventa veces nueve chelines, pronto será puesto de nueva cuenta en libertad.

Si la injusticia es parte de las fricciones inevitables de la máquina del gobierno, dejemos que siga su marcha; tal vez la fricción termine por limarse —al fin y al cabo, la máquina se desgastará. Si la injusticia tiene sus propios resortes, poleas, cables o manivelas, quizá podamos considerar un poco más hasta qué punto el remedio sería peor que la enfermedad; pero si es de tal naturaleza que nos exige convertirnos en

agentes de la injusticia para otros, entonces yo digo: incumplamos la ley. Transformemos nuestra vida en una fricción que detenga la maquinaria.¹⁵ En cualquier caso, cuidemos de no convertirnos en el instrumento de la misma injusticia que condenamos.

En cuanto a la posibilidad de utilizar los medios que el Estado ha creado para remediar el mal, no tengo conocimiento de tales medios. Toman mucho tiempo, y la vida de un hombre es demasiado corta. Tengo otras muchas cosas que hacer. No vine a este mundo con la misión fundamental de convertirlo en un buen sitio para vivir, sino para vivir en él, sea bueno o sea malo. Un hombre no está obligado a hacerlo todo, sólo a hacer algo; y puesto que no puede hacerlo todo, es innecesario que lo que haga sea algo injusto. No es asunto mío dirigir peticiones al gobierno o a los legisladores, del mismo modo que ellos no me dirigen peticiones a mí. ¿Y en todo caso, si ellos no me escuchan, qué haré entonces? Para esto el Estado no suministra ninguna vía: en su propia Constitución radica el mal. Esto puede sonar demasiado severo, terco y poco conciliador, pero es tratar con la mayor amabilidad y consideración al único espíritu que lo merece o puede apreciarlo. Como el nacimiento y la muerte, que convulsionan el cuerpo, se trata de un cambio para mejorar.

No vacilo en afirmar que aquellos que se llaman a sí mismos abolicionistas deberían retirar inmediatamente su apoyo personal y económico al gobierno de Massachusetts, sin esperar a constituir una mayoría de unidad que les otorgue el

¹⁵ Es significativo que la edición de 1840 del *Diccionario Oxford* haga referencia a la fricción como una *resistencia* de la maquinaria.

derecho de prevalecer sobre los demás. Creo que basta tener a Dios de nuestro lado, sin esperar aquello otro también. Más aún, cualquier hombre que esté más en lo justo que sus vecinos constituye ya, de por sí, una mayoría.

Me entrevisto cara a cara con este gobierno o su representante una sola vez al año —nada más—, en la persona del recaudador de impuestos. Es la única forma en que una persona de mi posición ha de encontrarse inevitablemente con él. Entonces dice bien claro: “Reconózcame.” Y el modo más simple y efectivo y hasta el único posible de tratarlo en el actual estado de cosas, de expresar mi poca satisfacción y mi poco amor por él, es rechazarlo. Mi vecino civil, el recaudador de impuestos, es el hombre de carne y hueso con el que tengo que tratar; después de todo, yo disputo con personas y no con papeles, y él ha elegido voluntariamente ser un agente del gobierno. ¿Cómo hará para saber cuál es exactamente su función y su cometido como funcionario del gobierno —o como hombre—, si no hasta que se ve obligado a decidir si ha de tratarme a mí, que soy su vecino a quien respeta, precisamente como a un vecino y hombre honrado, y no más bien como a un desequilibrado que está alterando la paz? ¿Cómo puede pasar por alto ese sentimiento de buena vecindad sin que lo asalten pensamientos o palabras más rudos e impetuosos, como correspondería a la acción que emprende? Estoy convencido de que si mil o cien o diez hombres a quienes pudiera ahora nombrar, si solamente diez hombres honestos, incluso si un solo hombre *honesto* en este estado de Massachusetts dejara en libertad a sus esclavos y rompiera su vínculo con el gobierno nacional, y fuera por ello encerrado en la cárcel del condado, ese acto significaría la abolición de

la esclavitud en América. Lo que importa no es qué tan pequeño sea el comienzo; lo que se hace bien una vez, se hace para siempre. Pero no; en su lugar, preferimos hablar de ello: insistimos en que esa es nuestra misión. La reforma cuenta con docenas de periódicos a su favor, pero no cuenta con un solo hombre.

Si mi estimado vecino, el embajador del Estado, que va a dedicar sus empeños a solucionar la cuestión de los derechos humanos en la Cámara del Consejo, en vez de sentirse amenazado por las prisiones de Carolina, se sentara como prisionero en una cárcel de Massachusetts, ese Estado que se muestra tan ansioso por endilgar el pecado de la esclavitud a su hermano (aunque hasta ahora sólo haya aducido cierta falta de hospitalidad como fundamento para querellarse contra él), estoy seguro de que la Legislatura no desestimaría el tema por completo el invierno que viene.

Bajo un gobierno que encarcela injustamente, el verdadero lugar para un hombre justo es también la prisión. El lugar apropiado hoy, el único que Massachusetts ofrece a sus espíritus más libres y menos sumisos, son sus prisiones.¹⁶ Se les encarcela y aparta del Estado por acción de éste, del mismo modo que ellos ya lo habían hecho guiados por sus principios. Ahí es donde lo deben encontrar el esclavo negro fugitivo y el prisionero mexicano en libertad bajo palabra y

¹⁶ Según ciertos historiadores, Emerson habría visitado a Thoreau en la cárcel, sosteniendo el siguiente diálogo —que no sólo retrata de cuerpo entero a los personajes, sino que muestra la tensión que había crecido entre ellos, en particular con respecto a la acción directa—: “Henry, ¿se puede saber qué haces allí?” A lo que Thoreau habría replicado: “Waldo, la pregunta es más bien ¿qué haces tú allá afuera?”

el indio que viene a interceder por las faltas imputadas a su raza. Es allí, en ese lugar aislado, pero más libre y honorable, donde el Estado sitúa a los que no están con él, sino contra él: es la única casa, en un Estado con esclavos, que el hombre libre puede habitar con honor. Si alguien sospecha que su influencia se perdería allí, que su voz dejaría de importunar el oído del Estado, y que ya no sería propiamente su enemigo detrás de esas paredes, no sabe cuánto más fuerte es la verdad que el error, cuánto más elocuente y eficaz puede ser combatir la injusticia cuando se ha sufrido en carne propia. Deposita tu voto completo, no sólo una papeleta, sino toda tu influencia. Una minoría es del todo impotente —ni siquiera cabe considerarla una minoría— mientras se avenga a la voluntad de la mayoría. Por el contrario, cuando se opone con toda su fuerza, es imparable. Si las alternativas son encerrar a los justos en prisión o renunciar a la guerra y a la esclavitud, el Estado no dudará en elegir. Si este año mil ciudadanos dejaran de pagar sus impuestos, esa medida no sería ni violenta ni cruel, como sí lo sería que los paguen, ya que de este modo dan su consentimiento para que el Estado cometa actos de violencia y derrame sangre inocente. Esta es, de hecho, la definición de una revolución pacífica —si es que tal cosa es posible.¹⁷ En caso de que, como ya ha sucedido, el recaudador de impuestos o cualquier otro funcionario me pregunte:

¹⁷ A pesar de que, a partir de frases como ésta, se suele interpretar que la desobediencia civil está comprometida con acciones no violentas (y de hecho así es como la entendieron en primer lugar Gandhi y Luther King Jr.), en otros escritos políticos (por ejemplo en “Una defensa del capitán John Brown”) Thoreau afirma que hay circunstancias que quizá ameriten el uso de la violencia y aun el derramamiento de sangre.

“Entonces, ¿qué debo hacer?”, mi respuesta es la que sigue: “Si de verdad quieres colaborar, renuncia al cargo.” Cuando el súbdito retira su lealtad y el funcionario renuncia a su puesto, la revolución se ha conseguido. Pero supongamos que hubiera derramamiento de sangre. ¿Acaso no hay también un tipo de derramamiento de sangre cuando se hiere la conciencia? Por esa herida manan la auténtica humanidad e inmortalidad del hombre; es una hemorragia que le ocasiona una muerte sin fin. Veo esa sangre corriendo aquí mismo.

Si hasta ahora me he referido al encarcelamiento del objeto y no a la incautación de sus bienes —aunque ambos sirvan al mismo propósito—, es porque aquellos que se mantienen en la más recta justicia (y, por tanto, son más peligrosos para un Estado corrompido), generalmente no han dedicado mucho tiempo a acumular riquezas. A ellos, comparativamente, el Estado les presta un magro servicio y el impuesto más bajo suele parecerles exorbitante, en especial si se ven obligados a pagarlo con el sudor de su frente. Si hubiera alguien que viviera completamente al margen del dinero, aun el Estado dudaría en reclamárselo. Pero los ricos —y no se trata de hacer comparaciones odiosas— están siempre vendidos a la institución que los beneficia. En términos absolutos, la ecuación sería: a mayor riqueza, menos virtud, pues el dinero se interpone entre el hombre y sus objetivos, y los obtiene para él, de modo que conseguirlos no supone, desde luego, ninguna gran virtud. El dinero silencia muchas preguntas que de otra manera los hombres tendrían que hacerse, reduciéndolas a una única nueva pregunta, tan difícil como superflua: ¿cómo gastarlo? Así es cómo los principios morales se desfondan bajo sus pies. Las oportunidades de vivir disminuyen en proporción al aumento

de lo que se ha dado en llamar “medios”. Lo mejor que una persona rica puede hacer a favor de su cultura es procurar llevar a cabo los planes que tenía cuando era pobre. Cristo respondía a los herodianos según su condición: “Muéstrenme la moneda del tributo —les dijo, y uno de ellos sacó un denario de su bolsillo—. Si usan moneda con la efigie del César y él le ha dado valor y hecho circular, y si son ciudadanos del Estado y disfrutan con agrado de las ventajas del gobierno del César, entonces devuélvanle algo de lo suyo cuando se los reclame: den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.”¹⁸ Y se quedaron como estaban sin saber qué era de quién, puesto que no querían saberlo.

Cuando converso con el más libre de mis vecinos, me doy cuenta de que, diga lo que diga sobre la magnitud y seriedad del problema, lo mismo que sobre su preocupación por la seguridad pública, no es capaz de prescindir del gobierno actual y teme las consecuencias que la desobediencia pudiera acarrearle a sus bienes y a su familia. Por mi parte, confieso que no me atrae la idea de que algún día tenga que depender de la protección del Estado. Pero si rechazo la autoridad del Estado cuando me extiende la cuenta de los impuestos, no tardará en apoderarse de mis pertenencias y de incautar mis bienes, y nos hostigará interminablemente a mí y a mis hijos. Esto es duro. Conduce a que sea imposible para un hombre vivir con honradez y al mismo tiempo con comodidad en los asuntos materiales. No vale la pena acumular bienes; con toda seguridad se los llevarán. Es mejor alquilar o invadir algún predio, cultivar una pequeña cosecha y consumirla cuanto antes.

¹⁸ Glosa del Evangelio según san Mateo, 22: 16-21.

Se debe vivir dentro de uno mismo y sin depender más que de uno mismo; siempre listos y bien dispuestos para volver a empezar y sin involucrarse en muchas tareas. Un hombre puede enriquecerse aun en Turquía si se comporta en todos los aspectos como un buen súbdito del gobierno turco. Confucio decía: “Si un Estado se gobierna siguiendo los dictados de la razón, la pobreza y la miseria son objeto de vergüenza; si un Estado no se gobierna de acuerdo a la razón, las riquezas y los honores son objeto de vergüenza.”¹⁹ No: mientras no necesite de la protección de Massachusetts en algún lejano puerto del sur, en el que mi libertad se encuentre en peligro, o mientras me dedique únicamente a levantar aquí una granja por medios pacíficos, puedo permitirme el lujo de retirar lealtad a Massachusetts —así como a su derecho sobre mi vida y mis bienes. Me cuesta menos, en todo sentido, incurrir en la falta de desobedecer al Estado, que en obedecerlo. Si hiciera esto último, sentiría que mi valía disminuye.

Hace algunos años, el Estado me conminó, en nombre de la Iglesia, a que pagara cierta suma para el sustento del cura, a cuyos servicios solía asistir mi padre, aunque no yo. “Paga —se me dijo— o serás encarcelado.” Me negué a pagar. Desgraciadamente, otra persona decidió hacerlo por mí. No entendía por qué el maestro de escuela tenía que contribuir con sus impuestos al mantenimiento del cura y no al revés; además, yo no era maestro del Estado, sino que me mantenía gracias a una suscripción voluntaria. No veía por qué la escuela carecía del derecho a recibir impuestos del Estado, mientras que la Iglesia sí lo tenía. Sin embargo, a petición de

¹⁹ Confucio, *Analectas*, VIII, 13.

los concejales, condescendí a hacer la siguiente declaración por escrito: “Por medio de la presente, hago del conocimiento de todos que yo, Henry Thoreau, no deseo ser considerado miembro de ninguna sociedad legalmente constituida a la cual no me haya unido personalmente.” La entregué al alguacil y él la conserva. El Estado, habiéndose enterado así de que no deseaba ser considerado miembro de dicha Iglesia, no ha vuelto desde entonces a reclamarme aquel impuesto, aunque insistió en que tenía que acogerme al requerimiento inicial por aquella sola vez. De haber sabido sus nombres, me habría desmarcado también de todas las sociedades a las que nunca me inscribí, pero no supe dónde encontrar la lista completa.

Desde hace seis años no pago el impuesto de empadronamiento. A causa de ello estuve una vez en prisión, durante una noche. Y mientras meditaba sobre el grosor de los muros de piedra de sesenta u ochenta centímetros, sobre la puerta de hierro y madera de treinta centímetros y las rejas de hierro entre las que se filtraba la luz, no pude menos que sentirme impresionado por la estupidez de aquella institución que me trataba como si únicamente fuera carne, sangre y huesos que encerrar. Me sorprendía que alguien pudiera haber concluido que ese era precisamente el mejor uso que se podría hacer de mí, y no hubiera contemplado sacar provecho de mis servicios de algún otro modo. Me parecía que aun cuando un muro de piedra me separara de mis conciudadanos, había otro más difícil de traspasar o superar antes de que ellos pudieran ser tan libres como yo. Ni un solo instante me sentí confinado y los muros se me antojaban un gran desperdicio de piedra y cemento. Me sentía como el único ciudadano que hubiera pagado sus impuestos. Sencillamente no

sabían cómo tratarme y entonces se comportaban de forma maleducada. Lo mismo en las amenazas que en las lisonjas, cometían un error garrafal, pues suponían que lo que más me importaba era estar del otro lado del muro. Yo no podía sino sonreír al ver con qué cuidado me encerraban tras las rejas, siendo que mis pensamientos los seguían allá fuera sin oposición ni obstáculo y ellos —mis pensamientos— eran en todo caso los únicos peligrosos. Como no podían alcanzar mi alma, resolvieron castigar mi cuerpo, a la manera de esos niños que, incapacitados para ajustar cuentas con la persona que los fastidia, maltratan al perro. El Estado se me figuraba como una suerte de imbécil, con esa timidez de las mujeres solitarias que temen por sus cucharitas de plata y no saben distinguir a sus amigos de sus enemigos. Perdí todo el respeto que aún le profesaba y me compadecí de él.

El Estado nunca confronta voluntariamente la conciencia intelectual o moral de un hombre, sino que se las tiene que ver con su cuerpo, con sus sentidos. No se arma de una sabiduría superior o de honradez, sino que recurre a la fuerza bruta. Yo no nací para ser forzado. Seguiré mi propio camino. Ya veremos quién es el más fuerte. ¿Cuál es la fuerza de la multitud? Sólo pueden forzarme aquellos que obedecen una ley superior a la mía, pues me obligan a ser como ellos. Yo no escucho que las masas fuercen a los hombres a vivir de tal o cual manera. ¿Qué vida sería esa? Cuando me encuentro con que un gobierno me asalta —“¡el dinero o la vida!” — ¿por qué tendría que apresurarme a darle mi dinero? Puede que se halle en apuros y no sepa qué hacer: lo siento, nada puedo hacer por él. Debe ayudarse a sí mismo, justo como hago yo. No vale la pena lloriquear por eso. No soy responsable del buen

funcionamiento de la maquinaria de la sociedad. No soy el hijo del ingeniero. Lo que advierto es que cuando una bellota cae al lado de una castaña, ninguna de las dos permanece inerte para dejarle espacio a la otra, sino que ambas obedecen sus propias leyes y germinan y crecen y florecen lo mejor que pueden, hasta que una, quizás, ensombrece y destruye a la otra. Si una planta no puede vivir según su naturaleza, muere; lo mismo ocurre con el hombre.

La noche en prisión fue novedosa e interesante. Cuando entré, los prisioneros, en mangas de camisa, disfrutaban de una charla y del fresco de la tarde. Pero el carcelero dijo: “¡Vamos, muchachos, es hora de cerrar!” De suerte que todos se dispersaron y distinguí el sonido de sus pasos regresando al vacío de sus aposentos. El carcelero me presentó a mi compañero de celda como un “tipo de primera y muy inteligente”. Cuando cerraron la puerta, él me indicó dónde podía colgar mi sombrero y cómo se las arreglaba uno allí dentro. Blanqueaban las celdas una vez al mes; ésta, al menos, era la habitación más blanca, más sencillamente amueblada y tal vez la más pulcra de toda la ciudad. Naturalmente quería saber de dónde venía y por qué había terminado allí; cuando se lo hube contado, le pregunté a mi vez cómo había acabado en la cárcel, bajo el supuesto de que se trataba de un hombre honrado (tal como está el mundo, no podía creer otra cosa). “Sucede que me acusan de haber incendiado un granero —dijo—, pero yo no lo hice.” Lo más probable, según pude averiguar, es que haya buscado refugio en un granero y, como estaba borracho, se quedara dormido mientras fumaba su pipa, y todo prendió fuego. Tenía fama de hombre inteligente; llevaba ya tres meses esperando su

juicio y seguramente tendría que esperar otro tanto; pero se había adaptado y estaba contento, ya que recibía alimentación gratis y consideraba que lo trataban bien.

Él ocupaba una ventana, yo la otra; me di cuenta de que si uno permanecía allí por mucho tiempo la ocupación principal consistía en mirar por la ventana. No tardé nada en leer los panfletos que habían dejado los presos que me antecedieron, y examiné los lugares por los que se habían escapado (el punto en el que habían segueteado un barroto); también oí diversas anécdotas acerca de los ocupantes de aquella celda. Descubrí que incluso había historias y habladurías que jamás rebasaban los muros de la prisión. Se trata seguramente del edificio del pueblo en el que se escriben más poemas que en ningún otro lado; poemas que, aunque circulan en hojas, nunca llegan a publicarse. Me mostraron una larga lista de versos: eran de unos jóvenes a los que habían atrapado en plena huida. Ellos los entonaban para vengarse.

Movido por el temor de no volver a verlo nunca más, le saqué a mi compañero de celda toda la información que pude; luego me indicó cuál era mi cama y me dejó apagar la vela.

Estar tendido allí aquella noche fue como viajar a un país remoto que jamás hubiera esperado conocer. Me pareció que nunca antes había escuchado las campanadas del reloj del pueblo ni los ruidos de la noche (como corresponde a una jaula, dormíamos con las ventanas abiertas). Era como si contemplara mi ciudad natal a la luz del Medioevo y nuestro río Concord se hubiera convertido en un brazo del Rin, con visiones de caballeros y castillos desfilando ante mí. Lo que yo oía eran las voces de los antiguos burgueses en las calles. Me convertí en el espectador y oyente involuntario de todo lo que

pasaba y se decía en la cocina de la posada contigua: una experiencia totalmente nueva y extraña para mí. Fue un acercamiento más íntimo a mi pueblo natal. Estaba completamente dentro de él. Nunca antes había conocido sus instituciones. Y puesto que es cabecera de un condado, me encontraba en una de sus instituciones más peculiares. No fue sino hasta entonces que empecé a comprender de verdad a sus habitantes.

A la mañana siguiente, nos pasaron el desayuno por una abertura de la puerta: pequeñas latas ovaladas, hechas a la medida, que contenían medio litro de chocolate, pan negro y una cuchara de metal. Cuando volvieron por los cacharros, estuve a punto de comportarme como un novato devolviendo el pan que me había sobrado; pero mi compañero lo agarró a tiempo y me dijo que debía guardarlo para la comida o la cena. Enseguida lo dejaron salir: trabajaba segando heno en un campo vecino al que se dirigía todas las mañanas y del que no volvía sino hasta el mediodía, de modo que se despidió de mí diciendo que no sabía si nos volveríamos a ver.

Cuando salí de prisión (gracias a que alguien intervino y pagó los impuestos),²⁰ no noté que se hubieran producido grandes cambios en el exterior, como le habría sucedido al que ingresó joven y sale hecho un viejo tembloroso lleno de canas. Sin embargo, un cambio importante se presentó ante mis ojos, un cambio en la ciudad, en el Estado, en el país, mayor al que sería imputable al mero paso del tiempo. El Estado en el que vivía se me presentaba con toda nitidez. Advertí hasta qué

²⁰ Una mujer con velo (probablemente María Thoreau) pagó la cantidad requerida la tarde misma del arresto. Al parecer fue por negligencia del guardia que Thoreau tuvo que pasar esa famosa noche en prisión.

punto podía confiar en la gente con la que vivía como buenos vecinos o amigos; hasta qué punto su amistad era únicamente para los buenos tiempos. Advertí que no se molestaban demasiado en hacer el bien; que como los chinos y los malayos, eran de una raza distinta de la mía a causa de sus prejuicios y supersticiones; que en lo que respecta a sus sacrificios por la humanidad, no corren el menor riesgo, mucho menos exponen sus bienes. Advertí que, después de todo, no eran tan nobles como suponía, sino que trataban al ladrón como éste los había tratado; que confiaban salvar sus almas gracias a unas cuantas oraciones y a la observancia de ciertos ritos, internándose de vez en cuando por caminos rectos pero inútiles. Puede que esté juzgando a mis vecinos de modo muy severo; pero muchos de ellos no están ni siquiera conscientes de que en su propio pueblo existe una institución como la cárcel.

Antes se acostumbraba en nuestra comunidad que, cuando un deudor pobre salía de la cárcel, la gente lo saludaba —“¿Qué tal?”—, mirándolo a través de los dedos cruzados en representación de los barrotes. Mis vecinos no me recibieron de este modo; primero se limitaron a mirarme y luego, como si hubiera vuelto de un largo viaje, se miraron unos a otros. El día anterior me habían apresado cuando iba de camino al zapatero, donde debía recoger un zapato que acababan de arreglarme. Una vez libre, procedí a terminar mi mandado y, después de ponerme el zapato, me uní a un grupo de recolectores de moras que se mostraban impacientes porque les sirviera de guía. En media hora, gracias a que aparejé el caballo a toda prisa, estábamos en medio de un campo de moras, en una de nuestras colinas más altas, a tres kilómetros de distancia, y desde allí el Estado no se veía por ningún lado.

Esta es la historia completa de *Mis prisiones*.²¹

Como me importa ser tan buen vecino como mal súbdito, nunca me he rehusado a pagar el impuesto de carreteras; y en lo que respecta a la subvención de las escuelas, ahora mismo estoy contribuyendo a la educación de mis compatriotas. Mi negativa a pagar los impuestos no tiene nada que ver directamente con esa ley: lo que deseo es negarle mi lealtad al Estado, hacerme a un lado y mantenerme al margen de manera efectiva. Aunque pudiera hacerlo, no me interesa rastrear el destino de mi dinero para comprobar que con él se compra a un hombre o se invierte en un mosquete para matar a otro —el dinero es inocente—;²² pero sí me interesan las consecuencias de mi lealtad. A mi propia manera, en silencio, le declaro la guerra al Estado, aunque, como suele hacerse en estos casos, todavía haré uso de él y le sacaré todo el provecho que pueda.

Si otros, por simpatía con el Estado, pagan los impuestos que yo me niego a pagar, en realidad están reafirmando lo que ya antes habían hecho por sí mismos: instigar la injusticia más allá de lo que exige el Estado. Si, en cambio, los pagan por un equivocado interés en la persona afectada, para preservar sus

²¹ Alusión a *Le mie prigioni* de Silvio Pellico, quien permaneció cerca de ocho años en la cárcel por motivos políticos. El libro se tradujo al inglés en 1833.

²² Según investigaciones posteriores, el impuesto que Thoreau se negó a pagar no era un impuesto federal, sino más bien una combinación de impuestos locales y estatales, de modo que no está claro que estuviera contribuyendo directamente a la guerra o a la perpetuación de la esclavitud. En la década de 1840, la ley del estado de Massachusetts había prohibido explícitamente el uso de recursos públicos para emprender acciones contra esclavos fugitivos.

bienes o evitar que permanezca en la cárcel, es porque no han evaluado con sensatez en qué medida sus sentimientos personales interfieren con el bien público.

Esta es mi postura actual. Pero, en estos casos, no se les puede poner demasiado en guardia a fin de evitar que sus actos se desvíen por la obstinación o el indebido respeto a la opinión de los demás. Dejemos que se den cuenta de que sólo han de hacer lo que les atañe y en su debido momento.

A veces me digo que esta gente es bienintencionada pero ignorante, que obrarían mejor si supieran cómo hacerlo. ¿Por qué poner a tu vecino en la difícil situación de tratarte en contra de sus propias inclinaciones? Lo considero de nuevo y me convengo de que esta no es razón suficiente para que yo los imite y tampoco para que permita que otros sufran un dolor mucho mayor o de diferente tipo. A veces me digo a mí mismo: cuando millones de hombres sin odio, sin mala voluntad, sin sentimientos personales de ningún tipo, te piden apenas unas monedas y, dada su constitución, no existe la menor posibilidad de que alteren o retiren esa exigencia, pero de tu lado tampoco estás en condiciones de apelar a otros millones de personas, ¿por qué tendrías que exponerte a su aplastante fuerza bruta? No te resistes con esa obstinación al hambre o al frío, al viento o las olas; más bien te sometes resignado a esas y a otras adversidades. Nadie mete la cabeza al fuego. Pero en la misma medida en que entiendo que no se trata simplemente de fuerza bruta —sino que en parte es una fuerza humana, y además creo tener relaciones con esos millones en cuanto personas y no como simples animales o cosas inanimadas—, estoy convencido de que la apelación tiene cabida, en primer lugar, y de forma inmediata, de ellos ante

su Creador y, en segundo lugar, de ellos ante sí mismos. Pero si deliberadamente meto la cabeza al fuego, no hay manera de que apele ni al fuego ni al Creador del fuego, y sólo yo podría culparme por ello. Si me pudiera convencer a mí mismo de que tengo el mínimo derecho a sentirme satisfecho de los hombres tal como son y de tratarlos en consecuencia, y no más bien según mis expectativas y exigencias de cómo ellos y yo deberíamos ser, entonces, como buen musulmán y fatalista, me esforzaría por conformarme con las cosas tal como son, aduciendo que se trata de la voluntad divina. Además, por encima de todo está la diferencia entre oponerse a los hombres y a una fuerza animal o natural, pues con esta clase de oposición consigo algún efecto, mientras que no puedo esperar que cambien, como Orfeo con su lira, la naturaleza de las rocas, los árboles y las bestias.

No tengo interés en pelear con ningún hombre o nación. No deseo ser demasiado puntilloso y establecer distinciones sutiles ni presentarme como el mejor de mis conciudadanos. Incluso podría decir que lo que busco es una excusa para ajustarme a las leyes de este país. Estoy plenamente dispuesto a amoldarme a ellas. De hecho, siempre tengo razones para vacilar frente a mi propia postura y, cada año, cuando pasa el recaudador de impuestos, estoy en la mejor disposición de revisar las leyes y la situación de ambos gobiernos, el federal y el estatal, así como el sentir general del pueblo, en busca de un pretexto para dar mi asentimiento.

Debemos querer a nuestro país como a nuestros padres, y si en algún momento nos alejamos de honrarlo con nuestro amor o nuestro esfuerzo, habremos de

aceptar las consecuencias y entonces educar al alma en temas de conciencia y religión, y no en el afán de poder o beneficio propio.²³

Creo que el Estado podrá quitarme pronto este peso de encima, y entonces ya no seré más patriota que mis vecinos. Vista desde abajo, la Constitución, con todas sus fallas, es muy buena; las leyes y los tribunales son respetables, e incluso el gobierno federal y el de este estado son, en muchos sentidos, admirables y excepcionales; algo por lo que debemos estar agradecidos, tal y como tantos hombres han reconocido. Pero al elevar un poco el punto de vista, las cosas se presentan justo como las he descrito; vistas desde un punto todavía más alto, ¿quién podría decir lo que son o si vale la pena considerarlas o siquiera pensar en ellas?

Como sea, el gobierno no me preocupa demasiado, y mis pensamientos volverán a él lo menos que pueda. Son escasas las ocasiones en que me atañe directamente, aun en este mundo en que vivimos. Si un hombre piensa con libertad, sueña con libertad e imagina con libertad, difícilmente le podrá parecer verdadero aquello que no lo es, y ni los gobernantes ni los reformadores obtusos podrán interferir de modo decisivo en su camino.

Sé que la mayoría de los hombres piensan distinto; pero en lo que respecta a aquellos que se dedican profesionalmente al estudio de estas materias u otras semejantes, no me satisfacen casi en nada; los estadistas y legisladores, por su parte, están a tal punto integrados a las instituciones, que jamás

²³ George Peele, *La batalla de Alcázar*.

las pueden encarar de forma abierta y clara. Hablan de una sociedad cambiante, pero no se sienten cómodos al margen de ella. Es posible que se trate de hombres de cierta experiencia y criterio, y no cabe duda de que han inventado sistemas ingeniosos e incluso útiles, razón por la que les estamos sinceramente agradecidos; pero todo su talento y utilidad se desenvuelve dentro de límites muy estrechos. Suelen olvidar que el mundo no se rige ni por la política ni por la conveniencia. Un político como Daniel Webster jamás va más allá de lo que dicta el gobierno, de manera que no puede hablar de él con autoridad. Sus palabras son sabias únicamente para aquellos legisladores que no contemplan la necesidad de una reforma de raíz en el actual gobierno; mientras que a los pensadores, aquellos que legislan sin importar las épocas, les parece que ni siquiera es capaz de vislumbrar los problemas. Conozco a varios que con sus sabias y serenas especulaciones sobre el asunto pondrían de manifiesto cuán limitado es el rango de su mente, ya ni se diga su apertura. Con todo, comparado con los pobres alcances de los reformistas y el aún más pobre ingenio y elocuencia de los políticos en general, sus palabras se antojan las únicas sensibles y válidas, y damos gracias al cielo de que exista. Comparado con los demás, él siempre es fuerte, original y sobre todo práctico. Sin embargo, su mayor cualidad no es la sabiduría, sino la prudencia. Lo que los abogados llaman verdad no es la Verdad, sino apenas consistencia o una conveniencia coherente. La Verdad está siempre en armonía consigo misma y su principal preocupación no es poner de relieve aquella justicia que pueda ser consistente con las malas acciones. Tiene bien merecido que lo llamen, como ha ocurrido, el Defensor de la

Constitución. Los únicos golpes que ha dado han sido siempre defensivos. No es un líder, sino un seguidor. Sus líderes son los hombres que redactaron la Constitución de 1787. “Nunca me he esforzado —dice— y nunca pienso esforzarme, jamás he aprobado un esfuerzo y no tengo intención de hacerlo ahora, para alterar el acuerdo original gracias al cual los diferentes estados formaron la Unión.” Y ante el hecho de que la Constitución apruebe la esclavitud, afirma: “Dado que forma parte del contrato original, dejémoslo como está.” A pesar de su especial agudeza y capacidad, no podría aislar un hecho de sus implicaciones políticas concretas, a fin de contemplarlo tal como se presentaría únicamente al intelecto (preguntarse, por ejemplo, qué le correspondería hacer a un hombre hoy, en los Estados Unidos, en relación con el problema de la esclavitud), de modo que más bien se aventura —o se ve orillado— a ofrecer una respuesta tan desesperada como la siguiente, al tiempo que pretende estar hablando en términos absolutos y a título personal (de lo cual no está claro qué nuevo sistema de valores sociales podríamos inferir): “La forma —dice— en que el gobierno de aquellos estados en los que existe la esclavitud hayan de regularla, queda a su propia consideración, es responsabilidad de sus propios constituyentes y está a merced de las leyes generales de propiedad, humanidad y justicia y de Dios. Las asociaciones que puedan formarse en otros sitios, emanadas de sentimientos humanitarios o de cualquier otra causa, no tienen nada que ver con esta cuestión. Nunca han recibido mi apoyo y nunca lo tendrán.”²⁴

²⁴ Las citas provienen de célebres discursos de Daniel Webster (1782-1852).

Quienes no conocen otra fuente de verdad más pura, aquellos que no han seguido su curso y se han remontado a sus orígenes, están, y con toda justeza, del lado de la Biblia y la Constitución, y abreven de ellas con reverencia y humildad. Pero aquellos que ven más allá y quieren saber de dónde es que la verdad gotea hacia este lago o aquel estanque se ajustan nuevamente el cinturón y continúan su peregrinaje en busca del manantial.

No ha habido en Estados Unidos ni un solo hombre con genio para legislar. Son más bien raros en la historia del mundo. Hay miles de oradores, políticos y hombres elocuentes, pero hasta ahora no ha abierto la boca el orador capaz de poner sobre la mesa los problemas más acuciantes del presente. Nos encanta la elocuencia por sí misma, no por la verdad que contenga ni porque inspire cierto heroísmo. Nuestros legisladores no han aprendido aún el valor relativo que encierran, para una nación, el libre comercio y la libertad, la unión y la rectitud. Carecen de genio o de talento para cuestiones en comparación mucho más sencillas, como los impuestos o las finanzas, el comercio, la industria o la agricultura. Si nos dejáramos guiar exclusivamente por la ingeniosa labia de los legisladores del Congreso, sin el contrapeso de la oportuna experiencia del pueblo y sus reclamos, Estados Unidos no tardaría en perder su rango entre las naciones. Aunque tal vez no debería hacer mención de ello, el Nuevo Testamento se escribió hace mil ochocientos años; yo me pregunto, ¿dónde está el legislador con sabiduría y talento suficiente para aprovechar la luz que irradia sobre la ciencia de la legislación?

La autoridad del gobierno, aun aquella a la que estoy dispuesto a someterme —porque gustosamente obedeceré a

quienes saben y pueden hacer las cosas mejor que yo, y aun en ciertos casos, hasta a aquellos que ni saben ni pueden— es todavía una autoridad muy impura. Para ser estrictamente justa, ha de contar con la aprobación y consentimiento de los gobernados. No puede ejercer más derecho sobre mi persona y propiedad que el que yo mismo le conceda. El paso de una monarquía absoluta a una limitada, y de esta última a una democracia, es un progreso hacia el verdadero respeto por el individuo. Incluso el filósofo chino fue lo suficientemente sabio como para entender que el individuo era la base del imperio. ¿Es la democracia, tal como la conocemos, el último logro asequible en materia de gobierno? ¿No podemos dar un paso más a fin de reconocer y organizar los derechos del hombre? Ningún Estado podrá jamás ser realmente libre e ilustrado sino hasta que reconozca al individuo como un poder superior e independiente, del que se deriva su propio poder y autoridad, y lo trate en consecuencia. Me complace imaginar un Estado que por fin sea capaz de ser justo con todos los hombres y trate a cada individuo con el debido respeto que merecen los vecinos; más aún, que no juzgue inadecuado para su propia estabilidad que haya unas cuantas personas que vivan al margen, sin interferir pero tampoco sin acogerse a él, cumpliendo tan sólo con sus deberes de vecino y compañero. Un Estado que produjera este fruto y lo entregara tan pronto estuviera maduro, prepararía el camino para otro Estado más perfecto y glorioso aún, que yo he soñado también, pero que todavía no he atisbado por ninguna parte.

OTRAS LECTURAS RECOMENDADAS

DE THOREAU:

Walden (varias traducciones, por ejemplo: México, UNAM, 1996).

Pasear. España, J. J. Olañeta, 1999.

Journals. Nueva Jersey, Princeton University Press, 5 volúmenes, 1981-1997.

SOBRE THOREAU:

Ralph Waldo Emerson, "Thoreau", en *Emerson, literato y filósofo*, México, Limusa, 1967.

Robert Louis Stevenson, "Henry David Thoreau: His Character and Opinions", en *Cornhill Magazine*, junio de 1880.

James Russell Lowell, "Thoreau", en *The Earlier Essays of James Russell Lowell*, Norwood Press, 1917.

SOBRE THOREAU Y LA DESOBEDIENCIA CIVIL:

Antonio Casado, *La desobediencia civil a partir de Thoreau*. España, Gakoa, 2002.

Wendy McElroy, “Henry Thoreau and ‘Civil Disobedience’”, en *The Thoreau Reader* (thoreau.eserver.org).

Lawrence Rosenwald, “The Theory, Practice & Influence of Thoreau’s Civil Disobedience”, en *The Thoreau Reader* (thoreau.eserver.org).

SOBRE LA DESOBEDIENCIA CIVIL:

Jürgen Habermas, “La desobediencia civil”, *Leviatán*, no. 14, 1983.

Ronald Dworkin, *Los derechos en serio*. Barcelona, Ariel, 1989.

John Rawls, *Teoría de la justicia*. Madrid, FCE, 1992.

José Antonio Estévez Araujo, *La constitución como proceso y la desobediencia civil*. Madrid, Trotta, 1994.

Ramón García Cotarelo, *Resistencia y desobediencia civil*. Madrid, Eudema, 1987.

EN LA RED:

Thoreau Institute: www.walden.org

The Thoreau Reader: thoreau.eserver.org

Critical Art Ensemble: www.critical-art.net

Desobediencia civil en Twitter: @AnonymousIRC

Civil Disobedience Manual: www.actupny.org

ÍNDICE

PRESENTACIÓN: UN ENSAYO PARA LA RESISTENCIA	7
SEBASTIÁN PILOVSKY	
DESOBEDIENCIA CIVIL	15
OTRAS LECTURAS RECOMENDADAS	53

Desobediencia civil de Henry David Thoreau
se terminó de imprimir cuando decidimos dejar
de pagar impuestos, en el mes de febrero de 2012,
en la ciudad de México. El tiraje fue de mil quinientos ejemplares.
En la composición se utilizó la tipografía Adobe Caslon Pro.